



CAPÍTULO X

Vida de corte

ESTAS, leyes, conspiraciones de los conservadores y derrotas de los liberales; á esto se redujo el imperio durante su corta existencia. Pero el caso era que no había pecunia para los festejos, que las leyes no se cumplían, que las conspiraciones no cuajaban y que los republicanos, derrotados todos los días, deshechos y puestos en fuga por el ejército francés, resurgían más y más briosos al día siguiente de cada derrota, como si los marrazos extranjeros podaran y no segaran las innúmeras ramas de aquel arbustillo que amenazaba convertirse en árbol frondosísimo y capaz de resistir el hacha mejor afilada.

Teníamos comidas semanarias y á ellas se invitaba á los personajes prominentes, á los militares franceses, á los extranjeros que se hallaban de paso en México y á los

liberales que deseaba atraerse el Gobierno. Maximiliano, acometido de esa terrible graforrea que le acompañó durante su vida, anotaba las listas de convidados con comentarios más ó menos picantes; y todavía andan por ahí los documentos de la época con cosas como éstas: «Iturbe, una de las personas más ricas de México; Santiago Blanco, agente público de Santa Anna; señor Vaquero, encargado de los asuntos de Gutiérrez Estrada; Sánchez Navarro, propietario muy rico; Francisco Somera, miembro de los ayuntamientos anteriores en tiempo de Juárez; Sartorius, alemán establecido en el país desde hace treinta años; Goríbar, propietario muy rico y muy egoísta; doctor Arrillaga, jesuíta y cangrejo...»

Casi nadie dejaba de ocurrir á la mesa del Emperador: una buena comida nunca se desecha, y las oportunidades de oír música, de contemplar espaldas hermosas, de conversar agradablemente y de ver cómo empinan el codo los grandes de la tierra, no abundan ciertamente. También los rojos se daban sus escapadas á los *gaudeamus imperiales*, y formaron la excepción algunos que, como don Vicente García Torres, se excusaron cortésmente de asistir á la comida; otros, como Ezequiel Montes, que nada respondieron, y otros, como don Higinio Núñez, que dirigieron una simple carta al *señor don Maximiliano de Hapsburgo, en el palacio nacional*, y hablaron burguesamente

de usted al descendiente de Carlos V y de María Teresa...

Para los fines del sesenta y cuatro estaba ya concluído el código de la etiqueta, elaborado por los cuidados, desvelos y afanes de la excelsa comisión nombrada para reglamentar todos los pasos de la corte. Con arreglo á ese ceremonial hubo algunas fiestas que yo presencié y otras en que no tomé parte; pero en que siempre se formaron el grande ó el pequeño séquito y hubo asistencia de damas, dignatarios y chambelanes.

Vaya una muestra de lo que era la vida de corte en México:

El sesenta y cuatro, esto fué lo principal:

Julio, cuatro. Recepción del marqués de Montholon, ministro plenipotenciario de S. M. el Emperador de los franceses.

Julio, cinco. Juramento de Ministro del Excelentísimo señor don Fernando Ramírez en la capilla de Palacio.

Agosto, seis. Casamiento del general graduado don Domingo Herrán con la señorita Almonte en la capilla de Palacio.

Septiembre, diez y seis. Fiesta nacional. Gran comitiva de toda etiqueta.

Noviembre, cinco. Casamiento del capitán Garcín con la señorita Montholon.

Noviembre, siete. Juramento de los señores don Juan de Dios Peza, don Luis Robles y don Pedro Escudero y

Echanove, de ministros de Guerra, Fomento y Justicia.

Diciembre, diez. Recepción de Monseñor Meglia, nuncio de Su Santidad.

Diciembre, once. Recepción de M. Weltensted, ministro de S. M. el Rey de Suecia.

Diciembre, doce. Ceremonial de Nuestra Señora de Guadalupe. Se dispusieron en la casa de cabildo de la Villa un salón de recepción, dos cuartos de tocador para Sus Majestades; otro cuarto de tocador para las damas, un salón para comedor. Concurrió el gran séquito.

Diciembre, veinticinco. Recepción del señor conde de Thun, ministro plenipotenciario de S. M. el Emperador de Austria.

Y así siguen muchísimas recepciones diplomáticas, la bendición de la capilla de palacio, el juramento de las grandes dignidades de la corte, el casamiento de Bazaine, el bautismo de la hija de Herrán, el cumpleaños del Emperador, la instalación de la Academia de Ciencias y Literatura, varios bailes, un coleadero, muchas funciones dramáticas, y otras cosillas así que consumían pesos y más pesos.

Que por cierto empezaban á escasear, pues con medio millón larguito de talle que se invirtió en Chapultepec; doscientos mil pesos que se gastaron en el arreglo del palacio; lo que costó subvencionar compañías dramáticas, comprar carruajes, vinos y cuadros, y hacer otras

cosas de mero lujo y regalo, los milloncejos que trajo el Emperador se disminuyeron grandemente, si no se agotaron del todo.

Las leyes venían diariamente, con una prodigalidad que indicaba que había trabajado á altísima tensión una máquina que despachaba al minuto decretos, bandos, reglamentos, pragmáticas y disposiciones de todo género. Se arreglaron las precedencias, se expidió el ceremonial, se dispuso, en fin, que los mexicanos habían de ser justos y felices, quisiéranlo ó no y sujetándose á los modelos que traían en cartera el vice-emperador, como llamaban á Eloin (ó el super-emperador, como era en la realidad), Schertzenlechrutz, Semeleder, Corio, Bombelles, Détrouat, Bonnefonds, Langlais y cien mil belgas, austriacos, húngaros, franceses, polacos y hasta rusos que habían tomado á pechos la tarea de europeizar á estos pobres indios dejados de la mano de Dios. Uno quería caminos de hierro; otro enseñar la botánica por medios incógnitos y jamás practicados; un tercero establecer fábricas de loza de Sajonia; un cuarto libertar á los peones de las haciendas y un quinto y un sexto y un séptimo bajar estrellas con la mano, adivinar el porvenir, criar sapos con cola, aclimatar ranas con pelos y otras cosas así de llanas y sin importancia. Y era que ninguno de ellos conocía palotada de las costumbres, ni de la historia, ni de los precedentes, ni de la situación de México, y querían or-

ganizarlo á golpe de reglamento como si hubiera sido un país ideal, una utopia, un Falansterio ó una Ciudad del Sol.

Los fines de Diciembre del sesenta y cuatro estuvieron



preñados de peripecias en que, quise que no, desempeñé papel importante. Un día vino á verme Jecker.

— Todo está en vías de arreglarse: recibiremos tres ó cuatro millones de pesos como transacción definitiva; pero necesitamos imprescindiblemente de la presencia de tu hija...

— ¡De mi hija! repetí como atontada.

— Sí, de tu hija, de Eugenia...

— ¡De Génie!...

— Sí, de Génie, que siendo como es heredera de su padre, tiene que intervenir en cualquier arreglo en que se versen bienes suyos.

— Comprendo, sí; pero Génie es menor de edad y yo puedo representarla.

— Como casada, no tiene más representante legal que su marido.

— Pero es que... no sé dónde estará á la fecha.

— Lo sabías hace poco.

— Ni una palabra he llegado á averiguar.

— ¿Y lo has procurado?

— Sí, claro que sí... pero no he tenido noticias.

— Pero ¿nada has llegado á saber?

— Nunca.

— Pues entonces ¿cómo le aseguraste á tu padrastro, don Juan Manuel, que habías puesto en movimiento á la policía francesa?

— ¿Lo oíste?

— Claro que sí; lo mismo que lo demás que entonces discutieron ustedes; mas como no me importaba... Lo que debes hacer es tomar lenguas del paradero de la muchacha, y luego que lo averigües, ponerte al habla con ella.

— No encuentro forma de hacer eso.

— A ti nada se te dificulta, y aunque se te dificulte enormemente, debes tener en cuenta que de tu maña depende salgamos adelante en este asunto, que corre riesgo de naufragar si no arrimamos enérgicamente el ascua á la sardina.

Nadie se asombrará si cuento que pasé una noche tremenda: sentía que la cabeza se me rompía en pedazos, sufría náuseas, veía en la misma obscuridad en que me había recluso ráfagas amarillas, verdes y azules que me hacían daño en lo más hondo del cerebro. Me bañé la cabeza con agua sedativa, me apliqué á las narices un pommo de sales, cerré vidrios y maderas de la habitación y me eché en la cama decidida á no pensar en nada. Pero apenas cerraba los ojos del cuerpo y trataba de aislarme un poco cerrando los del espíritu para impedir la entrada á las visiones tristes, alegres, gloriosas, pero sobre todo de tormento y mortificación, que me acosaban, una puercecita se abría como por arte de magia, y una voz enemiga, burladora ó severa, según el caso, me llamaba á cuentas diciéndome con voces clarísimas é inteligibles: «¿Qué haces, en qué piensas, tú, vanidosa y necia, que no has hecho caso de tu hija? Te contentaste con ver en Francia á tu yerno y con obligarle á aceptar unas cuantas monedas que él tomó porque se lo imponía la miseria; tornaste acá, supiste que tu hija vivía al lado de sus suegros y te

diste por satisfecha... Quizás mientras tú gastas miles de pesos en compañía de tu amante, ella vive sola y triste, llena de miseria y sin apoyo ninguno... Viejos eran ya don Germán y doña Lorenza, ¿por qué no han de morir el día menos pensado? ¿por qué no han de haber muerto ya? Y ahora, ¿dónde buscas á tu hija, ya que no para protegerla y ayudarla, como sería tu deber, siquiera para constreñirla á que te dé su firma para que recojas esos santísimos cuartos que tanto necesitas para seguir dándote lustre y continuar aparentando riqueza y bienestar?»

Yo le respondía á la tal voz:

«Claro que no soy impecable; en un tribunal no me absolverían; pero ¿quién tuvo la culpa? Ella, que sin discernimiento, sin tomarme ni pedirme parecer, se marchó con el amante como si fuera realenga, como si fuera Pedro Libre ó Juan de la Calle... Había faltado á lo más elemental, al decoro, á las buenas formas, y nada más justo que romper con ella.»

Y el muñeco que hablaba desde dentro replicaba:

«Jí, jí, jí (y al reirse parecía que me apretaba hasta romperlos no sé qué tornillos de mi cabeza), jí, jí, jí; hablas de decoro tú que padeces del mal de amor, tú que te rindes al primero que llega armado de unos ojuelos flechadores, ó de un sablecillo brillante, ó de unos pantalones rojos, ó de un sombrero á lo Maximiliano... No te burles de ti misma. Tu hija es buena, es mucho mejor que tú, mucho me-

¡or que tus amigas, mucho mejor que cuanto tú conoces; pero mala, vitanda que fuera, no tendrías tú el derecho de censurarla... porque se parecería á ti.

— Yo me censuro duramente.

— Tú no haces sino alabarte.

— Cállate.

— Sé buena.

— Déjame dormir.

— Busca á tu hija.

A las tres de la madrugada me dormí soñando en Génie, en su estancia en Puebla, en el niño que le había nacido y en cien mil cosas larguísimas de contar.

Muy temprano escribí un volantito para que Aquiles pasara á verme. Llegó Lapierre cuidadoso de que algo malo pudiera acontecerme, y tan pronto como le expliqué el caso supo consolarme con su labia admirable.

— Todo se arreglará; no tengas cuidado que todo se arreglará... Soy amigo del jefe de la policía, y te aseguro que antes de una semana tendremos datos indudables acerca del paradero de tu hija... Si el viejo Olivos salió de México, fácil será dar con él... y traerle á la fuerza.

— No, con él no quiero nada.

— Lo siento, porque desearía hacerle pagar las roncadas con que se despidió de mí al dejar la casa.

— El buen don Germán... suspiré pensativa.

— Sí, puedes contar con ello... Y luego que haya con-